

Sábado, 06.10.12
Número CX

El Norte de Castilla

LA SOMBRA DEL CIPRÉS

**Redescubrir
a Simenon**

Acantilado emprende la publicación
de las obras del creador de Maigret [P2]

Simenon o el hombre que se hizo novela

Maigret y su creador, en apariencia tan distintos, compartieron una misma visión fraternal del ser humano



Sus biógrafos aseguran que fue en el colegio de Saint-Servais, de Lieja, donde Georges Simenon aprendió lo que significa vivir despreciado por quienes disfrutaban de un estatus social superior al propio. A eso habría que añadir su temprana experiencia como periodista de sucesos en 'La Gazette de Liège', con la obligación de frecuentar los antros y los bajos fondos de la ciudad en busca de los testimonios cotidianos de la perversión humana; y unas gotas de su excelente capacidad para expresar sentimientos y pensamientos a través del humor, como demostró, también muy pronto, en su trabajo como columnista satírico bajo el seudónimo de Monsieur Le Coq (el señor Gallo). Con todos estos aditamentos, y alguno más, se fue forjando el arte del que sin duda es uno de los maestros mayores del tan mal llamado género negro.

Sólo Tintín, al que le unía la misma afición investigadora y un idéntico amor por los viajes, representa ante el mundo con tanta exactitud el modelo del genio belga. Al lado, claro está, de Hercule Poirot, el detective creado por Agatha Christie para sus novelas de intriga, y del propio comisario Maigret, de alguna manera alter ego de Simenon... En apariencia, el sensato, concienzudo y tal vez excesivamente metódico Maigret muy poco tenía que ver con el aventurero, soñador y, en ocasiones, tormentoso Simenon. Aquel era un investigador de raza que comenzó su carrera como ayudante en una comisaría de barrio y no dejó de husmear ni siquiera después de haberse jubilado ejemplarmente

Sólo Tintín representa ante el mundo con tanta exactitud el modelo del genio belga

Simenon fue tan sistemático en su manera de escribir como Maigret en su modo de investigar

como comisario de la Policía Judicial. Este se inauguró en el mundo cambiando sus padres la fecha de su nacimiento, por pura superstición, del 13 al 12 de febrero; gozó de una delirante vida sexual (llegó a declarar que tuvo relaciones con más de treinta mil mujeres); vivió como artista y marinero bohemio en un barco del Sena; fue peregrino por las carreteras y moteles de los Estados Unidos de los años cuarenta y cincuenta, y un 'bon vivant' conocido por sus excentricidades y su gusto por las bebidas caras.

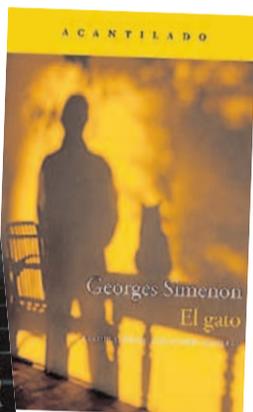
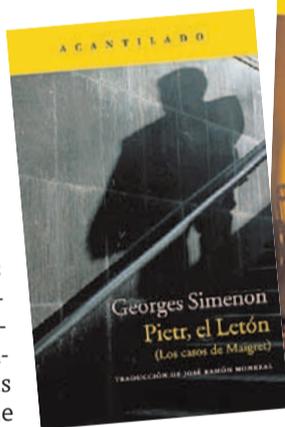
Eso no impidió, empero, que el novelista se mostrara tan sistemático en su manera de escribir como el detective en su forma de investigar. O que uno y otro, el creador y su criatura, compartieran al final una misma compasión por las miserias del hombre. La voluminosa autobiografía de Georges Simenon ('Mes dictées'), dictada de manera torrencial a un magnetofón una vez que el escritor se decidiera a abandonar la novela, da buena cuenta de su interés, a lo largo de toda una vida, por acercarse a la verdad «del hombre de la calle», y tratar de comprenderlo «de una manera fraternal».

Tal vez sus novelas ambientadas en pequeñas ciudades de provincias, donde personajes en apariencia comunes esconden en su interior tragedias que les conducen a los crímenes más abyectos, son el mejor testimonio de esta capacidad de Simenon para superar, con creces, las estrecheces genéricas de la novela negra, adentrándose con éxito en los territorios de la gran novela psicológica. Por encima de las tramas enrevesadas e inverosímiles, del juego de las sorpresas, las falsas pistas y el complicado armazón argumental, el creador de Maigret siempre prefirió hablar de personas reales y de sucesos reales, de grandes contradicciones morales donde el hombre, y sus circunstancias, se sitúan en el centro de todas las cosas. Todo ello aliñado, además, con una extraordinaria capacidad de recreación de ambientes, sensaciones y sentimientos; algo, por cierto, que sus numerosas traducciones al cine nunca han conseguido representar. «La vida de cada hombre es una novela», dijo Simenon. Una máxima que le permitió convertirse en uno de los escritores más leídos y, al mismo tiempo, más respetados de la historia.



Sin prejuicios. Esta es la manera que para un lector aún ajeno a la obra del escritor belga Georges Simenon se recomienda como actitud ante su lectura. Varios aspectos han contribuido a que, para un porcentaje nada desdeñable del universo lector, el padre del comisario Maigret sea poco más que un avezado narrador de historias policíacas, negándole la porción de grandeza literaria que se ganó con ellas y más aún con sus llamadas 'novelas duras'. Para compensar este error la editorial Acantilado emprende estos días la labor de recuperar a Simenon. Recuperarlo para sus adeptos que encontrarán nuevas traducciones de sus títulos más conocidos pero sobre todo para quienes por desconocimiento o suspicacia no han entrado en el mundo a veces un poco asfixiante del autor de 'El gato'.

Los planes de la editorial pasan por publicar el 'todo Simenon' a razón de entre cuatro y seis por año, alternando los 'maigrets' con los 'romans durs', «en el convencimiento de que ambos son de calidad similar», en palabras del editor Jaume



Vallcorba que no oculta en la introducción del catálogo que abre las publicaciones la admiración que siente por el novelista. «Quien se acerque a Simenon –afirma– no podrá dejar de sentir la extraordinaria fascinación con que, en unos ambientes obsesivos y quien sabe si amorales, es capaz de acercarnos a lo más profundo del ser humano».

Pero ni el éxito popular (su medio millar de libros se tradujeron a cuarenta idiomas y se hicieron incontables películas basadas en sus novelas) ni el aprecio de la crítica y de otros grandes escritores como André Gide o Robert Brasillach hicieron mella en la nada ególatra consideración que tenía de su persona.

Como recuerda Joan de Sagarra, una de sus frases constantemente repetidas era «Je suis un homme comme les autres».

No es fácil saber cuál era la verdadera personalidad de alguien que gustaba de la buena vida,

que presumía de las miles de mujeres con las que decía haber tenido relaciones pero que no frecuentaba los ambientes literarios. Solo al final de su vida hizo una especie de confesión en la entrevista que concedió al célebre programa de libro de la televisión francesa 'Apostrophes'. No es extraño, pues, que uno de sus de sus grandes traductores, el también gran escritor recientemente desaparecido Carlos Pujol, dijera de él que estaba «tan lleno de misterio como sus mejores fábulas».

El eterno adolescente

Pero Sagarra lo tiene claro y así lo escribió en un artículo de 1989 que recoge el cuaderno editado por Acantilado: «El verdadero Simenon no está en sus memorias, interminables memorias que el viejo dictaba; memorias plagas de falsas pistas, de embustes. El verdadero Simenon hay que pillarlo en sus historias, en sus personajes. Tras ellos corre el adolescente,

el eterno adolescente Georges Simenon, en un vano intento de evadirse, de rebelarse, de franquear la línea de demarcación que separa la vida ordinaria de la aventura».

Georges Simenon había nacido en Lieja, en febrero de 1903. A los dieciséis años ya trabajaba en la sección de sucesos de 'La

Gazette de Liège' para disgusto de su madre con la que siempre mantuvo una relación difícil. Pero este acercamiento a las investigaciones policiales fue una fuente impagable para la que sería su verdadera ocupación en la vida, la escritura de ficción. Solo dos años después de sus comienzos periodísticos escribiría su primera novela 'Au pont des Arches', que fue publicada en 1921. Faltaban diez años para que por primera vez apareciera el comisario Maigret en una de sus historias. Para cuando este

personaje, un verdadero antihéroe, iniciara su camino hacia el mito literario, Simenon se había casado con Régine Renchone, había cambiado Lieja por París y había descubierto que navegar era como escribir una buena manera de estar en el mundo. Fue en una de sus travesías cuando toma contacto con la región de La Rochelle donde transcurre un buen número de sus novelas.

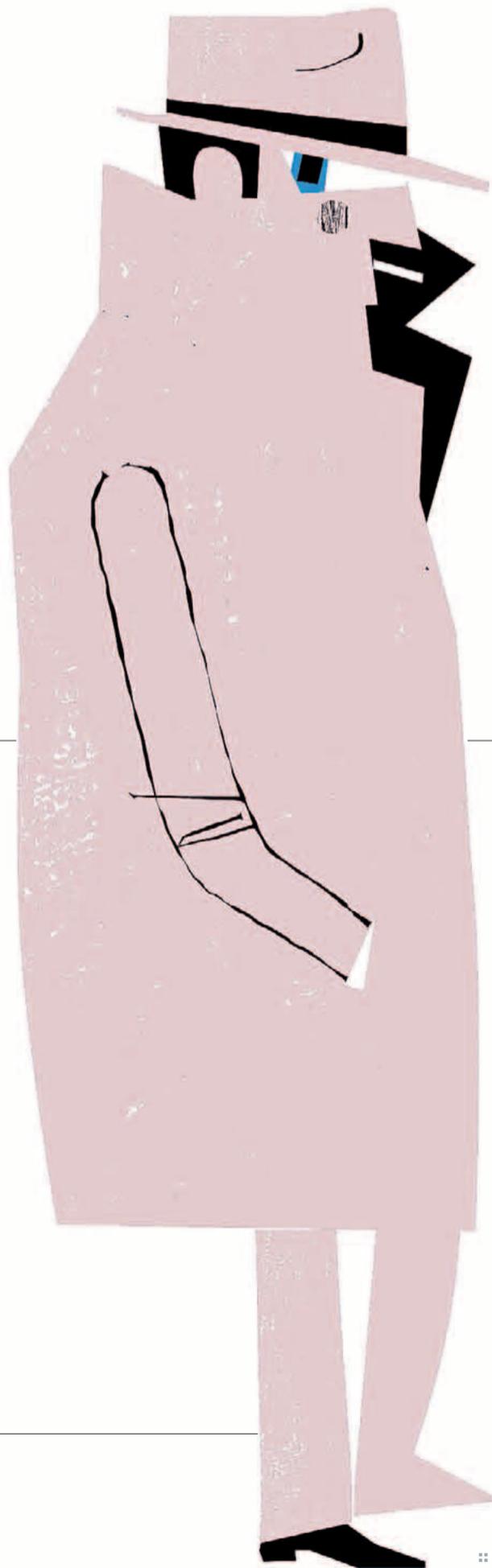
Después de la Segunda Guerra Mundial se instala en Estados Unidos y no vuelve a Europa hasta mediados de

la década de los cincuenta. Murió en Lausanna (Suiza) el 4 de septiembre de 1989.

Se parapetó tras su pipa, como se parapetó tras su personaje más famoso, y quizá en ese afán por ser un hombre corriente esté el origen de que le saliera un perfecto antihéroe. Para decirlo con las palabras del crítico Rafael Conte, «Maigret no tiene nada de espectacular, no es un héroe arriesgado a lo Sam Spade, ni un escéptico relativista como Philip Marlowe, ni un genio ridículo como Hercule Poirot, ni un prodigio del cálculo como Dupin de Poe, ni un deductor genial como Sherlock Holmes. Maigret es casi un hombre de la calle, fornido y tenaz, sí, pero tranquilo, lento y parsimonioso y hasta familiar».

La primera novela en la que aparece, el personaje, 'Pietr el letón', es también la que abrirá la colección de Simenon en Acantilado el próximo sábado. Llegará a las librerías junto con 'El gato', ambas traducidas por José Ramón Monreal. Ya en noviembre está prevista la aparición de 'El perro canelo', un nuevo caso del comisario vertido al español por Caridad Martínez, y 'La casa del canal', en traducción de Javier Albiñana.

Llegan en un momento en que el mercado está saturado de todo tipo de obras del género, una moda que al editor Jaume Vallcorba no le preocupa, pues «cuando esta moda haya pasado (todas lo hacen), Simenon permanecerá con fuerza».



Se parapetó tras su pipa como se parapetó tras su personaje más famoso

Cuando la moda de la novela negra haya pasado, Simenon permanecerá con fuerza

Mucho más que Maigret

'Pietr el letón' y 'El gato' abrirán la publicación por Acantilado de las obras de Georges Simenon

El discreto encanto de Simenon

VICENTE ÁLVAREZ



El caso Georges Simenon es digno de estudio. Le ves con sus gafas y con su inseparable pipa y resulta imposible discernir al hombre capaz de escribir una increíble obra literaria, de revolucionar el género negro, de demostrar al mundo que una pantagruélica obra no es obstáculo para ser autor de culto y de masas a la vez. André Gide le consideraba el mejor novelista en lengua francesa. En casi todo el mundo fue venerado desde el principio. En España, donde la novela de género siempre es vista con insultante menosprecio, se le sigue comparando con Agatha Christie. Hay que estar ciego para no ver en Simenon un novelista de 24 quilates; alguien que, como Balzac, supo que para escribir debía estudiar la naturaleza humana, un novelista de raza con el espíritu de Dostoievski y la pluma afilada de Hemingway. En todas sus novelas nos enamoran la verosimilitud de sus personajes y la atmósfera social que es capaz de recrear. Historias pequeñas de personas corrientes que huyen, que esperan en los andenes de los trenes, que miran el reloj, que son capaces de asesinar sin saber cómo ni por qué, relatos de personajes que están condenados desde el primer párrafo. Durante 60 años Simenon siguió el mismo ritual para contarnos todas estas historias. Se sentaba frente a su vieja máquina Remington, se masajeaba los dedos y mordisqueaba su pipa, elegía varios nombres en la guía telefónica y entraba en trance durante once días. El punto de partida era el mismo: ¿qué empuja a un hombre normal y corriente a cometer un asesinato?

Es bien sabido que la inmensa obra de Simenon puede dividirse fácilmente en dos grandes bloques. Por un lado el de esas novelas psicológicas e inquietantes basadas en intrigas situadas en pequeñas ciudades de provincia en las que viven sombríos personajes de apariencia respetable que en un momento de debilidad se dejan zarandear por la

pasión (algo que muchas veces sólo conduce al crimen). El otro gran bloque de novelas está formado por la serie del Comisario Maigret, historias policíacas de pocos tiros y mucha humanidad. Maigret no hace deducciones ni investigaciones alambicadas. Maigret es un perro de caza que olfatea, escarba, busca, intenta comprender a los sospechosos. Maigret no cree mucho en la justicia y piensa que no hay culpables, sólo víctimas. Es lento, pesado, paciente. Espera el 'déclit', el momento en que, empapado de un ambiente y de los personajes a los que ha estado siguiendo durante semanas, consigue al fin pensar y sentir como ellos. Maigret deshollina su pipa, toma un café y, mientras una señorita toca el piano, descubre al asesino, un asesino que muchas veces es un sastre o un tendero de vida ordenada que mata sin ruido. «Maigret y yo terminamos por parecernos un poco: pero soy incapaz de decir si es él que se fue pareciendo a mí o yo a él», decía Simenon mientras nos regalaba algunos de los mejores retablos sociales de la Francia de mitad de siglo XX. Sus novelas formaban además un auténtico mapa (con referencias de hasta 1.800 lugares del mundo) aunque siempre, con Simenon, nos quedará París. Pocos como él han sabido dibujar la ciudad del Sena, sus cafés, sus calles, sus tejados. Los ejemplos son múltiples, al igual que las obras maestras que salieron de su vieja Remington. García Márquez dijo que 'El hombre en la calle' era lo mejor que había leído en su vida. La leyó en París en 1949, olvidó el título y se pasó media vida buscándola. Es una buena manera de introducirse en el mundo de Simenon. Un autor para quien escribir no era una profesión sino una vocación de infelicidad. Con él aprendimos que «la vida de cada hombre es una novela». También decía que no era necesario que un novelista fuese inteligente: para él, cuanto menos inteligente, más posibilidades se abrían para ser novelista. Es lo que más me interesa: la historia de los escritores humildes, los que se fían de su instinto y sólo creen en la religión de contar una historia. En eso pocos escritores hay tan honrados como Simenon.



El escritor belga George Simenon. :: JERRY BAUER

El ausente de sí mismo

Georges Simenon, o el océano de la escritura. Los cómputos de su producción varían de una referencia a otra: un centenar largo de novelas, otras setenta de su comisario Maigret, y una inacabable relación de relatos cortos y de novelitas populares firmadas con seudónimos. Georges Simenon, un tipo que solo vivió para escribir desde la adolescencia –antes de los dieciséis ya trabajaba como periodista en la ‘Gazette de Liège’– hasta que en 1972 pone fin a su carrera, cerca ya de cumplir los setenta.

Un año antes había muerto su madre, con la que siempre tuvo escasas y difíciles relaciones. En sus últimos días de existencia, internada en un hospital de Lieja, recibe la visita apresurada de su hijo al que, a modo de saludo, le suelta: «¿Por qué has venido, Georges?». La frase le conmueve, tanto que después de cocerla durante meses en su cabeza decide volver a escribir, bien que con un prisma distinto a toda la obra anterior, ya clausurada: ahora él será la materia de reflexión, él o el personaje que vaya trazando. Publica en 1974 ‘Carta a mi madre’, dejando la pregunta en el aire de las líneas. Comienza también a grabar en un magnetófono reflexiones personales que acaba reuniendo en ¡21 volúmenes! bajo el título de ‘Mes dictées’. Pero todavía debe llegar una tragedia más fuerte. Su hija predilecta, Marie-Jo, se suicida a los veinticinco años tras una vida de desequilibrios en los que roza la pasión incestuosa por su padre. El escritor vuelve de nuevo a la máquina de escribir (aunque queda la sugerencia de que los temas más personales, cuando no usaba el magnetófono, los

emprendía en cuadernos escritos a mano), y culmina en 1981 sus ‘Memorias íntimas’, más de mil páginas de justificación y autoconsuelo que dejan un retrato defensivo frente a la tragedia insoportable. Y al hilo de esta suerte de descarga pública acepta en 1981 la invitación de Bernard Pivot para participar en su programa de televisión ‘Apostrophes’, por el que ya han pasado muchos grandes de la literatura, y que ha afortunadamente se ha conservado y editado en DVD.

Es una entrevista sin concesiones ni lugares prohibidos. La muerte de la hija se impone desde el comienzo, y también las ganas del escritor de alejar la culpa. Incluso da pie a escuchar una grabación de Marie-Jo, uno de los muchos mensajes que dejó a su padre, y ante esa exhumación sonora, verdaderamente terrible, Simenon está a punto de echarse a llorar, aunque finalmente se contiene y logra retornar al meollo de sus memorias, que no es otro que la construcción del personaje que le representa, personaje de un color frente al tejido de grises que emplea en sus novelas. Se ve a sí mismo como un perro San Bernardo acudiendo en auxilio de la gente en apuros. Se etiqueta como romántico, ingenuo, tímido... un buen retrato que lanza con convencimiento en sus palabras ajustadas y en el brillo especial de sus ojos, agudos para los demás, miopes para él. No elude ninguna cuestión, tampoco su pobladísima actividad sexual, que le llevó a engañar durante veinte años, todos los días – «y muchos días en varias ocasiones»– a su primera mujer. Lo dice sin ostentación, la erección obstinada es una singularidad de su cuerpo –«les pasa a muchos otros



hombres»– que necesita la medicina adecuada y constante, amantes y burdeles, muchos burdeles, como el diabético precisa de la insulina o el asmático del inhalador. Unas 10.000 mujeres se habrá administrado, cálculo célebre que surge el día que examina con su amigo Fellini la vida amorosa de Casanova, que a pesar de su fama solo puede ofrecer unas 4.000 conquistas.

¿Y la literatura? ¿Dónde el océano inabarcable de sus libros, el nuevo Balzac? «Nunca escribí con intenciones filosóficas, morales o estéticas, sino para salir de mí mismo. Cuanto más dramático era el período de mi vida, más necesitaba escribir. Me refugiaba en la novela». Salir de sí mismo. Para ello nada mejor

que una disciplina de trabajo férrea. En sus comienzos escribe de seis de la mañana a seis de la tarde. En una sola jornada podía rematar ochenta páginas. Eran solo novelitas populares, proclama el escritor, pero ochenta páginas en un día... casi es un hito mecanográfico. Son obras que el joven Simenon concibe como un entrenamiento o un aprendizaje, necesario también para su emancipación económica y sus correrías, a la espera de un futuro en que ya disponga de herramientas para otras ambiciones. Pero desde la primera, ‘Au Pont des Arches’, firmada por Georges Sim, trabaja sobre una estrategia que nunca abandonará: personajes y paisajes son robados del mundo que le rodea, vienen transportados por sus ojos y sus oídos. Simenon no inventa nada, no fatiga su imaginación, recolecta en su entorno y los dedos vertiginosos van desarrollando sobre el teclado la trama.

Así una novelita tras otra, mientras va oteando en el horizonte proyectos de más enjundia: el comisario Maigret, que nace en 1929 y con el que alcanza un gran éxito que le abre las puertas del cine, y por fin las ‘novelas duras’, ya sin el comisario ni la investigación detectivesca – el «pasamanos» en el que se apoyaba con facilidad y oficio su escritura–. Tras la popularidad y el dinero, el prestigio crítico le baña sin que haya variado demasiado su ritmo de trabajo ni sus fuentes. Simenon no sabe lo que es la documentación para urdir una historia. Sigue recogiendo en su experiencia, en lo que la vida le pone delante, pero para ello necesita explorar la diversidad humana, estar en viaje perpetuo. Vivir para escribir. Así que planta su casa y su es-

critorio donde las circunstancias le lleven, y tan pronto reside en París como en la costa atlántica, o se va de reporterero al corazón de África, o se instala en distintos lugares de Estados Unidos durante varios años. «Jamás he creado un personaje, le he conocido antes, o bien es la suma de varios, un rasgo de este, otro de aquel», confiesa en la entrevista de Pivot. «Nunca he inventado un decorado, un ambiente...».

Partir, partir sin cesar de él mismo hacia los otros. Su afición a la navegación le surte de puertos cambiantes, la vida social y sexual siembra sus personajes, e incluso justifica su vida de lujo a bordo de un Rolls-Royce con una casa llena de sirvientes como fuente de escenarios, pues los que surgen de la pobreza ya los exploró sobradamente en su infancia. Todo por la escritura, que cíclicamente arranca de manera misteriosa y arrebatadora tras un núcleo inicial de escenarios, trama y personajes, y sume al autor en una especie de trance en el que los dedos corren tras las visiones de la mente. «Una vez empezada la obra, me convierto en mi personaje, vivo su vida», le confiesa en una carta a André Gide. Escribir es un impulso invasor y prolífico, al que es inevitable buscar el paralelismo de la vida sexual del autor. «Cuando oigo citar eso del fenómeno Simenon, del enigma Simenon, no sé de qué se habla, yo soy simplemente un artesano que ha trabajado durante 65 años», confiesa a Bernard Pivot. Un artesano que va sembrado su producción con unas cuantas obras maestras y muchas otras recordables, cuando menos, y que al final de sus días vuelve el espejo sthendaliano hacia sí mismo, sus ojos hacia sus ojos, para colisionar con la frase que le había escrito a André Gide muchos años atrás: «¿Acaso no es uno mismo el único territorio prohibido del conocimiento?».

Tras la popularidad y el dinero, el prestigio crítico le baña sin que haya variado su ritmo de trabajo ni sus fuentes

Presumía de no haber inventado nunca un decorado o un ambiente

CARTA DE GEORGES SIMENON A ANDRÉ GIDE

Extraída de ‘Georges Simenon-André Gide... sans trop pudeur. Correspondance 1938-1950’. Omnibus, París 1999

Nieul-sur-Mer, mediados de enero de 1939

Mi querido maestro y amigo,
(...) Lo primero, el oficio. «Hacer la argamasa». Me concedí diez años para esto. Al principio, después del trabajo, es decir, al terminar cualquiera de mis novelas populares, escritas al ritmo de una cada tres días, «entraba en trance» y redactaba un cuento o un relato. Nunca intenté publicarlos. Tengo carpetas llenas. Sabía lo que les faltaba y lo que quería llegar a hacer (lo que aún no he hecho).

(...) Esos relatos me mostraron lo que me faltaba: entrar en la piel de cualquier hombre. Algunos me resultaban permeables, otros no. En mis novelas populares (me pregunto cómo las aceptaron) me las ingeniaba para ejercitar un diálogo aquí, la concisión allá o un género de acción más allá..., pero me prometía que la segunda etapa consistiría en aprender a vivir.

Esperé casi diez años. Para vivir muchas vidas, muy deprisa, necesitaba mucho dinero. A los veinte escribí: «A los treinta publicaré mi primera novela».

A los treinta años decidí: para vivir, para conocer la vida, voy a redactar novelas semiliterarias y a los cuarenta escribiré mi primera novela de verdad.

En la actualidad tengo treinta y seis años. Me he adelantado un poco, pero menos de lo que parece, pues todavía me encuentro lejos de la meta.

(...) Me embalo. Hablo ex cátedra porque trato de defender mi vida entera y, si estuviera equivocado, la habría desperdiciado. Sin duda, habría malgastado diez años ilusionados en aprender mi oficio de albañil mientras escribía novelas populares, y otros casi diez años dedicados a vivir, a cualquier precio, todas las vidas posibles.

Actué así para evitar documentarme. Para no ponerme a estudiar el personaje que me faltaba. Para que, cuando lo deseo, en mi despacho, en el momento preciso, surjan diez personajes en el lugar de uno.

Y sobre todo, para no haberlos observado. Me horroriza la observación. Hay que probar. Sentir. Haber boxeado, mentido, iba a escribir robado. Haberlo hecho todo, no en profundidad, pero sí lo suficiente como para comprender.

(...) Me resulta imposible cambiar una página. Me lo han echado en cara muchas veces. A mí también me gustaría ser capaz de retocar cosas. Pero como no sé cómo han surgido, mucho menos sé cómo pueden repararse.

Logrado o fallido, es así, y no puedo hacer nada.

(...) Prueba de ello es que, al terminar una novela, se me olvida hasta el nombre de los personajes, y solo recuerdo algunas caras (como el lector, sin duda).